

## XVII

Con el espantoso desequilibrio que trajeron al menguado presupuesto, las botas nuevas y otros artículos de verdadera superfluidad, como pomada, tarjetas, etc., en los cuales fué preciso invertir sumas de relativa consideración, se quedó Frasquito enteramente vacío de barriga y sin saber dónde ni cómo había de llenarla. Pero la Providencia, que no abandona á los buenos, le deparó su remedio en la casa misma de Obdulia, que le mataba el hambre algunos días, rogándole que la acompañase á almorzar; y por cierto que tenía que gastar no poca saliva para reducirle, y vencer su delicadeza y cortedad. Benina, que le leía en el rostro la inanición, gastaba menos etiquetas que su señorita, y le servía con brusquedad, riéndose de los melindres y repulgos con que daba delicada forma á la aceptación.

Aquel día, que tan siniestro se presentaba, y que la aparición de Benina trocó en uno de los más dichosos, Obdulia y Frasquito, en cuanto comprendieron que estaba resuelto el proble-

ma de la reparación orgánica, se lanzaron á cien mil leguas de la realidad, para espaciar sus almas en el rosado ambiente de los bienes fingidos. Las ideas de Ponte eran muy limitadas: las que pudo adquirir en los veinte años de su apogeo social se petrificaron, y ni en ellas hubo modificación, ni las adquirió nuevas. La miseria le apartó de sus antiguas amistades y relaciones, y así como su cuerpo se momificaba, su pensamiento se iba quedando fósil. En su manera de pensar, no había rebasado las líneas del 68 y 70. Ignoraba cosas que sabe todo el mundo; parecía hombre caído de un nido ó de las nubes; juzgaba de sucesos y personas con candorosa inocencia. La vergüenza de su aflictivo estado y el retraimiento consiguiente, no tenían poca parte en su atraso mental y en la pobreza de sus pensamientos.

Por miedo á que le viesen hecho una facha, se pasaba semanas y aun meses sin salir de sus barrios; y como no tuviera necesidad imperiosa que al centro le llamase, no pasaba de la Plaza Mayor. Le azaraba continuamente la monomanía centrifuga; prefería para sus divagaciones las calles oscuras y extraviadas, donde rara vez se ve un sombrero de copa. En tales sitios, y disfrutando de sosiego, tiempo sin tasa y soledad, su poder imaginativo hacía revivir los tiempos felices, ó creaba en los presentes seres

y cosas al gusto y medida del misero soñador.

En sus coloquios con Obdulia, Frasquito no cesaba de referirle su vida social y elegante de otros tiempos, con interesantes pormenores: cómo fué presentado en las tertulias de los señores de Tal, ó de la Marquesa de Cuál; qué personas distinguidas allí conoció, y cuáles eran sus caracteres, costumbres y modos de vestir. Enumeraba las casas suntuosas donde había pasado horas felices, conociendo lo mejorcito de Madrid en ambos sexos, y recreándose con amenos coloquios y pasatiempos muy bonitos. Cuando la conversación recaía en cosas de arte, Ponte, que deliraba por la música y por *el Real*, tarareaba trozos de *Norma* y de *María di Rohan*, que Obdulia escuchaba con éxtasis. Otras veces, lanzándose á la poesía, recitábale versos de D. Gregorio Romero Larrañaga y de otros vates de aquellos tiempos bobos. La radical ignorancia de la joven era terreno propio para estos ensayos de literaria educación, pues en todo hallaba novedad, todo le causaba el embelso que sentiría una criatura al ver juguetes por primera vez.

No se saciaba nunca la *niña* (á quien es forzoso llamar así, á pesar de ser casada, con su aborto correspondiente) de adquirir informes y noticias de la vida de sociedad, pues aunque algunos conocimientos de ello tuviera, por recuer-

dos vagos de su infancia, y por lo que su madre le había contado, hallaba en las descripciones y pinturas de Ponte mayor encanto y poesía. Sin duda, la sociedad del tiempo de Frasquito era más bella que la coetánea, más finos los hombres, las señoras más graciosas y espirituales. A ruego de ella, el elegante fósil describía los convites, los bailes, con todas sus magnificencias; el *buffet* ó *ambigú*, con sus variados manjares y refrigerios; contaba las aventuras amorosas que en su tiempo dieron que hablar; enumeraba las reglas de buena educación que entonces, hasta en los ínfimos detalles de la vida suntuaria, estaban en uso, y hacía el panegírico de las bellezas que en su tiempo brillaron, y ya se habían muerto ó eran arrinconados vejestorios. No se dejó en el tintero sus propias aventurillas, ó más bien pinitos amorosos, ni los disgustos que por tales excesos tuvo con maridos escamones ó hermanos susceptibles. De las resultas, había tenido también su duelo correspondiente, ¡vaya! con padrinos, condiciones, elección de armas, dimes y diretes, y, por fin, choque de sables, terminando todo en fraternal almuerzo. Un día tras otro, fué contando las varias peripecias de su vida social, la cual contenía todas las variedades del libertinaje candoroso, de la elegancia pobre y de la tontería honrada. Era también Frasqui-

to un excelente aficionado al arte escénico, y representó en distintos teatros caseros papeles principales en *Flor de un día* y *La trenza de sus cabellos*. Aún recordaba parlamentos y *bocadillos* de ambas obras, que repetía con énfasis declamatorio, y que Obdulia oía con arrobamiento, *arrasados los ojos en lágrimas*, dicho sea con frase de la época. Refirió también, y para ello tuvo que emplear dos sesiones y media, el baile de trajes que dió, allá por los años de Maricastaña, una señora Marquesa ó Baronesa de No sé cuántos. No olvidaría Frasquito, si mil años viviese, aquella grandiosa fiesta, á la que asistió de *bandido calabrés*. Y se acordaba de todos, absolutamente de todos los trajes, y los describía y especificaba, sin olvidar cintajo ni galón. Por cierto que los preparativos de su vestimenta, y los pasos que tuvo que dar para procurarse las prendas características, le robaron tanto tiempo día y noche, que faltó semanas enteras á la oficina, y de aquí le vino la primera cesantía, y con la cesantía sus primeros atrasos.

Aunque en muy pequeña escala, también podía Frasquito satisfacer otra curiosidad de Obdulia: la curiosidad, ó más bien ilusión, de los viajes. No habia dado la vuelta al mundo; pero ¡había estado en París! y para un elegante, esto quizás bastaba. ¡París! ¿Y cómo era París?

Obdulia devoraba con los ojos al narrador, cuando este refería con hiperbólicos arranques las maravillas de la gran ciudad, nada menos que en los esplendorosos tiempos del segundo Imperio. ¡Ah! ¡la Emperatriz Eugenia, los Campos Elíseos, los bulevares, Nôtre Dame, Palais Royal... y para que en la descripción entrara todo, Mabile, las loretas!... Ponte no estuvo más que mes y medio, viviendo con grande economía, y aprovechando muy bien el tiempo, día y noche, para que no se le quedara nada por ver. En aquellos cuarenta y cinco días de libertad parisiense, gozó lo indecible, y se trajo á Madrid recuerdos é impresiones que contar para tres años seguidos. Todo lo vió, lo grande y lo chico, lo bello y lo raro; en todo metió su nariz chiquita, y no hay que decir que se permitió su poco de libertinaje, deseando conocer los encantos secretos y seductoras gracias que esclavizan á todos los pueblos, haciéndoles tributarios de la voluptuosa Lutecia.

Precisamente aquel día, mientras Benina con diligencia suma trasteaba en la cocina y comedor, Frasquito contaba á Obdulia cosas de París, y tan pronto, en su pintoresco relato, descendía á las alcantarillas, como se encastraba en la torre del pozo artesiano de Grenelle.

—Muy cara ha de ser la vida en París—le

dijo su amiga.—¡Ah! Sr. de Ponte, eso no es para pobres.

—No, no lo crea usted. Sabiendo manejarse, se puede vivir como se quiera. Yo gastaba de cuatro á cinco napoleones diarios, y nada se me quedó por ver. Pronto aprendí las *correspondencias* de los ómnibus, y á los sitios más distantes iba por unos cuantos *sus*. Hay *restaurants* económicos, donde le sirven á usted por poco dinero buenos platos. Verdad es que en propinas, que allí llaman *pour boire*, se gasta más de la cuenta; pero créame usted, las da uno con gusto por verse tratado con tanta amabilidad. No oye usted más que *pardon, pardon* á todas horas.

—Pero entre las mil cosas que usted vió, Ponte, se olvida de lo mejor. ¿No vió usted á los grandes hombres?

—Le diré á usted. Como era verano, los grandes hombres se habían ido á tomar baños. Victor Hugo, como usted sabe, estaba en la emigración.

—Y á Lamartine, ¿no le vió usted?

—En aquella época, ya el autor de *Graziella* había fallecido. Una tarde, los amigos que me acompañaban en mis paseos me enseñaron la casa de Thiers, el gran historiador, y también me llevaron al café donde, por invierno, solía ir á tomarse su copa de cerveza Paul de Kock.

—¿El de las novelas para reír? Tiene gracia; pero sus indecencias y porquerías me fastidian.

—También vi la zapatería donde le hacían las botas á Octavio Feuillet. Por cierto que allí me encargué unas, que me costaron seis napoleones... ¡pero qué hechura, qué género! Me duraron hasta el año de la muerte de Prim...

—Ese Octavio, ¿de qué es autor?

—De *Sibila* y otras obras lindísimas.

—No le conozco... Creo confundirle con Eugenio Sué, que escribió, si no recuerdo mal, los *Pecados capitales*, y *Nuestra Señora de París*.

—Los *Misterios de París*, quiere usted decir.

—Eso... ¡Ay, me puse mala cuando leí esa obra, de la gran impresión que me produjo!

—Se identificaba usted con los personajes, y vivía la vida de ellos.

—Exactamente. Lo mismo me ha pasado con *María ó la hija de un jornalero...*»

En esto les avisó Benina que ya tenían preparada la pitanza, y les faltó tiempo para caer sobre ella y hacer los debidos honores á la tortilla de escabeche y á las chuletas con patatas fritas. Dueño de su voluntad en todo acto que requiriese finura y buenas formas, Ponte se las compuso admirablemente con sus nervios para no dar á conocer la ferocidad de su hambre atrasada. Con bondadosa confianza, Benina le

decía: «Coma, coma, Sr. de Ponte, que aunque ésta no es comida fina, como las que á usted le dan en otras casas, no le viene mal ahora... Los tiempos están malos. Hay que apenar con todo...

—Señora Nina—replicaba el *proto-cursi*,—yo aseguro, bajo mi palabra de honor, que es usted un ángel; yo me inclino á creer que en el cuerpo de usted se ha encarnado un sér benéfico y misterioso, un sér que es *mera* personificación de la Providencia, según la entendían y entienden los pueblos antiguos y modernos.

—¡Válgate Dios lo que sabe, y qué tonterías tan saladas dice!»

## XVIII

Con la reparadora substancia del almuerzo, los cuerpos parecía que resucitaban, y los espíritus fortalecidos levantaron el vuelo á las más altas regiones. Instalados otra vez en el gabinete, Ponte Delgado contó las delicias de los veranos de Madrid en su tiempo. En el Prado se reunía toda la nata y flor. Los pudientes iban de estación á la Granja. Él había visitado más

de una vez el Real Sitio, y había visto correr las fuentes.

«¡Y yo que no he visto nada, nada!—exclamaba Obdulia con tristeza, poniendo en sus bellos ojos un desconsuelo infantil.—Crea usted, amigo Ponte, que ya me habría vuelto tonta de remate, si Dios no me hubiera dado la facultad de figurarme las cosas que no he visto nunca. No puede usted imaginar cuánto me gustan las flores: me muero por ellas. En su tiempo, mamá me dejaba tener tiestos en el balcón: después me los quitaron, porque un día regué tanto, que subió el policía y nos echaron multa. Siempre que paso por un jardín, me quedo embobada mirándolo. ¡Cuánto me gustaría ver los de Valencia, los de la Granja, los de Andalucía!... Aquí apenas hay flores, y las que vemos vienen por ferrocarril, y llegan mustias. Mi deseo es admirarlas en la planta. Dicen que hay tantísimas clases de rosas: yo quiero verlas, Ponte; yo quiero *aspirar su aroma*. Se dan grandes y chicas, encarnadas y blancas, de muchas variedades. Quisiera ver una planta de jazmín grande, grande, que me diera sombra. ¡Y cómo me quedaría yo embelesada, viendo las mil florecillas caer sobre mis hombros, y prendérseme en el pelo... Yo sueño con tener un magnífico jardín y una estufa... ¡Ay! esas estufas con plantas tropicales y flores rari-

simas, quisiera verlas yo. Me las figuro; las estoy viendo... me muero de pena por no poder poseerlas.

—Yo he visto—dijo Ponte,—la de D. José Salamanca en sus buenos tiempos. Figúresela usted más grande que esta casa y la de al lado juntas. Figúrese usted palmeras y helechos de gran altura, y piñas de América con fruto. Me parece que la estoy viendo.

—Y yo también. Todo lo que usted me pinta, lo veo. Á veces, soñando, soñando, y viendo cosas que no existen, es decir, que existen en otra parte, me pregunto yo: «¿Pero no podría suceder que algún día tuviera yo una casa magnífica, elegante, con salones, estufa... y que á mi mesa se sentaran *los grandes hombres*... y yo hablara con ellos y con ellos me instruyera?»

—¿Por qué no ha de poder ser? Usted es muy joven, Obdulia, y tiene aún mucha vida por delante. Todo eso que usted ve en sueños, véalo como una realidad posible, probable. Dará usted comidas de veinte cubiertos, una vez por semana, los miércoles, los lunes... Le aconsejo á usted, como perro viejo en sociedad, que no ponga más de veinte cubiertos, y que invite para esos días gente muy escogida.

—¡Ah!... bien... lo mejor, la *crema*...

—Los demás días, seis cubiertos, los convida-

dos íntimos, y nada más; personas de alcurnia, ¿sabe? personas allegadas á usted y que le tengan cariño y respeto. Como es usted tan hermosa, tendrá adoradores... eso no lo podrá evitar... No dejará de verse en algún peligro, Obdulia. Yo le aconsejo que sea usted muy amable con todos, muy fina, muy cortés; pero en cuanto se propase alguno, revístase de dignidad, y vuélvase más fría que el mármol, y desdeñosa como una reina.

—Eso mismo he pensado yo, y lo pienso á todas horas. Estaré tan ocupada en divertirme, que no se me ocurrirá ninguna cosa mala. ¡Qué gusto ir á todos los teatros, no perder ópera, ni concierto, ni función de drama ó comedia, ni estreno, ni nada, Señor, nada! Todo lo he de ver y gozar... Pero crea usted una cosa, y se la digo con el corazón. En medio de todo ese barullo, yo gozaría extremadamente en repartir muchas limosnas; iría yo en busca de los pobres más desamparados, para socorrerles y... En fin, que yo no quiero que haya pobres... ¿Verdad, Frasquito, que no debe haberlos?

—Ciertamente, señora. Usted es un ángel, y con la *varilla mágica de su bondad* hará desaparecer todas las miserias.

—Ya se me figura que es verdad cuanto usted me dice. Yo soy así. Vea usted lo que me pasa: hace un rato hablábamos de flores; pues

ya se me ha pegado á la nariz un olor riquísimo. Paréceme que estoy dentro de mi estufa, viendo tantos primores, y oliendo fragancias deliciosas. Y ahora, cuando hablábamos de socorrer la miseria, se me ocurrió decirle: «Frasquito, tráigame una lista de los pobres que usted conozca, para empezar á distribuir limosnas.»

—La lista pronto se hace, señora mía,—dijo Ponte contagiado del delirio imaginativo, y pensando que debía encabezar la propuesta con el nombre del primer menestero del mundo: *Francisco Ponte Delgado*.

—Pero habrá que esperar—añadió Obdulia, dándose de hocicos contra la realidad, para volver á saltar otra vez, cual pelota de goma, y remontarse á las alturas.—Y diga usted: en ese correr por Madrid buscando miserias que aliviar, me cansaré mucho, ¿verdad?

—¿Pero para qué quiere usted sus coches?... Digo, yo parto de la base de que usted tiene una gran posición.

—Me acompañará usted.

—Seguramente.

—¿Y le verá á usted paseando á caballo por la Castellana?

—No digo que no. Yo he sido un regular jinete. No gobierno mal... Ya que hemos hablado de carruajes, le aconsejo á usted que no tenga cocheras... que se entienda con un alquilador.

Los hay que sirven muy bien. Se quitará usted muchos quebraderos de cabeza.

—¿Y qué le parece á usted?—dijo Obdulia ya desbocada y sin freno.—Puesto que he de viajar, ¿á dónde debo ir primero, á Alemania ó á Suiza?

—Lo primero á París...

—Es que yo me figuro que ya he visto á París... Eso es de clavo pasado... Ya estuve: quiero decir, ya estoy en que estuve, y que volveré, de paso para otro país.

—Los lagos de Suiza son linda cosa. No olvide usted las ascensiones á los Alpes para ver... los perros del Monte San Bernardo, los grandes témpanos de hielo, y otras maravillas de la Naturaleza.

—Allí me hartaré de una cosa que me gusta atrocemente: manteca de vacas bien fresca... Dígame, Ponte, con franqueza: ¿qué color cree usted que me sienta mejor, el rosa ó el azul?

—Yo afirmo que á usted le sientan bien todos los colores *del iris*; mejor dicho: no es que éste ó el otro color hagan valer más ó menos su belleza; es que su belleza tiene bastante poder para dar realce á cualquier color que se le aplique.

—Gracias... ¡Qué bien dicho!

—Yo, si usted me lo permite—manifestó el galán marchito, sintiendo el vértigo de las al-

turas, —haré la comparación de su figura de usted con la figura y rostro... ¿de quién creará?... pues de la Emperatriz Eugenia, esé prototipo de elegancia, de hermosura, de distinción...

—¡Por Dios, Frasquito!

—No digo más que lo que siento. Esa mujer *ideal* no se me ha olvidado, desde que la vi en París, paseando en el *Bois* con el Emperador. La he visto mil veces después, cuando *flancao* solito por esas calles soñando despierto, ó cuando me entra el insomnio, encerrado las horas muertas *en mis habitaciones*. Parece que la estoy viendo ahora, que la veo siempre... Es una idea, es un... no sé qué. Yo soy un hombre que adora los ideales, que no vive sólo de la *vil materia*. Yo desprecio la *vil materia*, yo sé desprenderme del *frágil barro*...

—Entiendo, entiendo... Siga usted.

—Digo que en mi espíritu vive la imagen de aquella mujer... y la veo como un sér real, como un ente... no puedo explicarlo... como un ente, no figurado, sino tangible y...

—¡Oh! sí... lo comprendo. Lo mismo me pasa á mí.

—¿Con ella?

—No... con... no sé con quién.»

Por un momento, creyó Frasquito que el *sér ideal* de Obdulia era el Emperador. Incitado á completar su pensamiento, prosiguió así:

«Pues, amiga mía, yo que *conozco*, que *conozco*, digo, á Eugenia de Guzmán, sostengo que usted es como ella, ó que ella y usted son una misma persona.

—Yo no creo que pueda existir tal semejanza, Frasquito,—replicó la niña, turbada, echando lumbre por los ojos.

—La fisonomía, las facciones, así de perfil como de frente, la expresión, el aire del cuerpo, la mirada, el gesto, los andares, todo, todo es lo mismo. Créame usted, yo no miento nunca.

—Puede ser que haya cierto parecido...—indicó Obdulia, ruborizándose hasta la raíz del cabello. Pero no seremos iguales; eso no.

—Como dos gotas de agua. Y si *se parecen ustedes* en lo físico... —dijo Frasquito, echándose para atrás en el sillón y adoptando un tonillo de franca naturalidad,—no es menor el parecido en lo moral, en el aire de persona que ha nacido y vive en la más alta posición, en algo que revela la conciencia de una superioridad á la que todos rinden acatamiento. En suma, yo sé lo que me digo. Nunca veo tan clara la semejanza como cuando usted manda algo á la Benina: se me figura que veo á Su Majestad Imperial dando órdenes á sus chambelanes.

—¡Qué cosas!... Eso no puede ser, Ponte... no puede ser.»

Entróle á la niña un reir nervioso, cuya es-



tridencia y duración parecían anunciar un ataque epiléptico. Rióse también Frasquito, y desbocándose luego por los espacios imaginativos, dió un bote formidable, que, traducido al lenguaje vulgar, es como sigue:

«Hace poco indicó usted que me vería paseando á caballo por la Castellana. ¡Ya lo creo que podría usted verme! Yo he sido un buen jinete. En mi juventud, tuve una jaca torda, que era una pintura. Yo la montaba y la gobernaba admirablemente. Ella y yo *llamamos la atención* en La Línea primero, después en Ronda, donde la vendí, para comprarme un caballo jerezano, que después fué adquirido... pásmese usted... por la Duquesa de Alba, hermana de la Emperatriz, mujer elegantísima también... y que también se le parece á usted, sin que las dos hermanas se parezcan.

—Ya, ya sé...—dijo Obdulia, haciendo gala de entender de linajes.—Eran hijas de *la Montijo*.

—Cabal, que vivía en la plazuela del Angel, en aquel gran palacio que hace esquina á la plaza donde hay tantos pajaritos... mansión de hadas... yo estuve una noche... me presentaron Paco Ustáriz y Manolo Prieto, compañeros míos de oficina... Pues sí, yo era un buen jinete, y créame, algo queda.

—Hará usted una figura arrogantisima...

—¡Oh! no tanto.

—¿Por qué es usted tan modesto? Yo lo veo así, y suelo ver las cosas bien claras. Todo lo que yo veo es verdad.

—Sí; pero...

—No me contradiga usted, Ponte, no me contradiga en esto ni en nada.

—Acato humildemente sus aseveraciones—dijo Frasquito humillándose.—Siempre hice lo mismo con todas las damas á quienes he tratado, que han sido muchas, Obdulia, pero muchas...

—Eso bien se ve. No conozco otra persona que se le iguale en la finura del trato. Francamente, es usted el prototipo de la elegancia... de la...

—¡Por Dios!...»

Al llegar á esta frase, el punto ó vértice del delirio hizoles caer de bruces sobre la realidad la brusca entrada de Benina, que, concluidas sus faenas de fregado y arreglo de la cocina y comedor, se despedía. Cayó Ponte en la cuenta de que era la hora de ir á cumplir sus obligaciones en la casa donde trabajaba, y pidió licencia á la imperial dama para retirarse. Esta se la dió con sentimiento, mostrándose pesarosa de la soledad en que hasta el próximo día quedaba en sus palacios, habitados por sombras de chambelanes y otros guapísimos palaciegos. Que éstos, ante los ojos de los

demás mortales, tomaran forma de gatos mayadores, á ella no le importaba. En su soledad, se recrearía discurriendo muy á sus anchas por la estufa, admirando las galanas flores tropicales, y aspirando sus embriagadoras fragancias.

Fuése Ponte Delgado, despidiéndose con afectuosas saluciones y sonrisas tristes, y tras él Benina, que apresuró el paso para alcanzarle en el portal ó en la calle, deseosa de echar con él un parrafito.

## XIX

«Sí, D. Frasco—le dijo codeándose con él en la calle de San Pedro Mártir.—Usted no tiene confianza conmigo, y debe tenerla. Yo soy pobre, más pobre que las ratas; y Dios sabe las amarguras que paso para mantener á mi señora y á la niña, y mantenerme á mi... Pero hay quien me gana en pobreza, y ese pobre de más *solenidá* que nadie es usted... No diga que no.

—Señá Benina, repito que es usted un ángel.

—Sí... de cornisa... Yo no quiero que usted esté tan desamparado. ¿Por qué le ha hecho Dios tan vergonzoso? Buena es la vergüenza;

pero no tanta, Señor... Ya sabemos que el Sr. de Ponte es persona decente; pero ha venido á menos, tan á menos, que no se lo lleva el viento porque no tiene por donde agarrarlo. Pues bueno: yo soy *Juan Claridades*; después de atender á todo lo del día, me ha sobrado una peseta. Téngala...

—Por Dios, *señá* Benina,—dijo Frasquito palideciendo primero, después rojo.

—No haga melindres, que le vendrá muy bien para que pueda pagarle á Bernarda la cama de anoche.

—¡Qué ángel, santo Dios, qué ángel!

—Déjese de *angelorios*, y coja la moneda. ¿No quiere? Pues usted se lo pierde. Ya verá cómo las gasta la *dormilera*, que no fia más que una noche, y apurando mucho, dos. Y no salga diciendo que á mi me hace falta. ¡Como que no tengo otra! Pero yo me gobernaré como pueda para sacar el diario de mañana de debajo de las piedras... Que la tome, digo.

—*Señá* Benina, he llegado á tal extremidad de miseria y humillación, que aceptaría la peseta, sí, señora, la aceptaría, olvidándome de quién soy y de mi dignidad, etc...; pero ¿cómo quiere usted que yo *reciba* ese *anticipo*, sabiendo, como sé, que usted pide limosna para atender á su señora? No puedo, no... Mi conciencia se subleva...